

Hoste de Mortos.

Autor. *Conde De San Xoán.*

La edición que tienes en tu poder es de lectura libre, se permite su descarga, visualización y lectura, también pueden compartirse siempre y cuando sea de manera gratuita y sin obtener ningún precio o contraprestación económica a cambio

A pesar de la lectura libre y la posibilidad de compartirlo de manera gratuita, hay que recordar que *Hoste de Mortos* es una obra registrada y protegida por la Ley de la Propiedad Intelectual, no se permite la obtención de un beneficio económico a partir de ella ni la creación de obras derivadas en ningún formato. Si desea adquirir los derechos para cualquiera de estos casos utilice la página de contacto:

<http://condesanxoan.com/contacto/>

Hoste de Mortos dispone de una versión digital exclusiva en varios formatos y en la que se ha utilizado contenido adicional (portada adicional, comentarios del autor, etc...), se trata de una tirada limitada a 25 unidades, identificadas, cada una de ellas, con un token digital que acredita su autenticidad y exclusividad, y que puede convertirse en una edición para coleccionistas de obras digitales.

Para adquirir la versión tokenizada de Hoste de Mortos consulte la página web del relato: <http://condesanxoan.com/relatos/hoste-de-mortos/>

Espero que disfrutes de su lectura y que lleve a un lugar singular.

Conde de San Xoán.

Cuanto tomé la decisión de irme a vivir a la montaña no tenía ni idea de lo que el cambio realmente me supondría. De hecho, pensaba que la calidad de vida que me brindaría el residir en plena naturaleza compensaría, con grandes creces, el estar un tanto alejado de cualquier centro urbano importante y de los servicios que este te procura.

Compaginar ese tipo de vida con el trabajo tampoco me suponía ningún problema, mi trabajo como profesional *freelance* no necesitaba más que una conexión a Internet, y, salvo alguna que otra esporádica reunión con algún cliente, todo mi trabajo lo podía desarrollar en una mesa con un ordenador y una zona para poder escribir y tomar apuntes, sin necesidad de grandes espacios de trabajo.

El precio de vivienda era lo más atractivo, compré una casa abandonada en una aldea lucense, con un amplio terreno a su alrededor y parcelas de tierra repartidas por los montes colindantes por tan solo veinte mil euros, una ganga, aunque la casa estaba para reformar entera.

En el terreno anexo, la *aira* le llamaban, con el tiempo pensé en habilitar una zona a modo de jardín y de preparar una pequeña

huerta ecológica, al estilo de las que tenían todos en el pueblo, había espacio de sobra para ambas cosas y me ilusionaba la idea de cultivar, de una manera saludable, mis propios alimentos.

Con el resto de los terrenos no sabía muy bien que hacer, en un primer momento pensé que podía venderlos o alquilarlos a gente de la aldea o alrededores, pero eran zonas de difícil acceso que no tenían del mínimo interés para nadie, así que pensé en ir vallándolas poco a poco y plantar unos frutales a lo que les pudiera sacar partido.

Con otros cincuenta mil euros rehabilité toda la casa, desde los cimientos hasta el tejado, dejándola totalmente a mi gusto. Los gremios allí eran mucho más baratos que en cualquier ciudad y eso me permitió, incluso, permitirme ciertos lujos como una bañera de hidromasaje en el cuarto de bajo anexo a mi habitación.

Al final de toda la reforma, en cualquier centro urbano importante por el triple de lo que gasté hubiera obtenido mucho menos de lo que conseguí, así que, lo consideré después de todo una buena inversión.

La aldea en si daba una sensación general de vivir en otros tiempos, aunque se podían ver tractores y coches circulando entre las dispersas casas que la formaban, todavía flotaba en el ambiente esa sensación de apego a lo tradicional y a lo antiguo que, a veces, te hacía creer que por allí el tiempo no hubiera pasado y todavía estaba anclada en un siglo anterior.

Una de las cosas que me llamó la atención era que no había ningún establecimiento comercial, ni tan siquiera una simple tienda de ultramarinos para hacer una compra como el pan o la leche; o una sencilla cafetería donde tomarte un café con leche por las mañanas o desayunar con una pieza de bollería.

Eso sí, enseguida me di cuenta de que, los habitantes del pueblo, tenían todas las necesidades cubiertas, se abastecían de sus propias huertas, cocían su propio pan y mataban un cerdo, o si eran muchos en casa un ternero, a principios del invierno con el fin de abastecerse todo el año. A pesar de ello, en todas las casas tenían coche por si era necesario ir a comprar a un pueblo vecino más grande, donde había varios supermercados.

Además, cada dos días pasaba un panadero que, aparte de pan, traía otros productos como bollería, galletas o harina; una vez a la

semana pasaba un pescadero, con pescada de dudosa frescura; y, en vez de bares o tabernas, cada casa tenía de una especie de bodega que, aparte de mantener la bebida fresca, servía como lugar de reunión de los vecinos, principalmente en verano, ya que en invierno las reuniones se hacían dentro de las casas al calor de las cocinas de chapa.

Los habitantes de la aldea también me sorprendieron, la mayoría de ellos, principalmente los más jóvenes, tenían estudios y conocían mundo, ya que muchos de ellos habían estudiado en universidades cercanas; y, aun así, todavía les tenían un respeto que rozaba el temor, como si de seres vivos superiores se tratará, a los elementos violentos de la naturaleza como a los rayos o al granizo.

Eso sí, y debo reconocerlo por encima de todo, la hospitalidad con la que me trataron desde el primer día, abriéndome sus casas de par en par, hizo que mi adaptación al entorno se hiciera muy rápidamente.

De hecho, los mejores momentos del día eran precisamente por la noche, cuando, con un grupo de habitantes varones de diferentes edades, que me habían acogido como si fuera uno de ellos, nos

reuníamos, casi todos los días, después de cenar, a tomar algo, en alguna de las casas, contando los sucesos, las historias, los cuentos de la gente y de los lugares del entorno mientras lo regábamos con abundante vino y cerveza.

Ese tipo de reuniones despertaban todo mi interés, porque, muchas de las historias eran antiguas del pueblo y contaban hechos y anécdotas que no solo me parecían irreales, sino que, en su mayor parte, los atribuía a la fantasía popular de los más mayores del lugar, gente que, desgraciadamente, no tenían la cultura de hoy en día y estaban más vulnerables a las condiciones de la naturaleza, pero que luego se las habían transmitido a los más jóvenes, haciendo estos de ellas suyas como si hubiera sucedido ayer.

Muchas de esas historias fantásticas tenían el componente de los bulos que hoy en día circulan por Internet, a nadie de los presentes le habían sucedido directamente, ni tan siquiera a un conocido directo, siempre eran sucesos de conocidos o familiares en segundo grado, lo que se conoce como el conocido de un conocido que, sin saber exactamente quién era, eran capaces de asociarle a los parentescos de toda la comarca.

Al principio me mostré bastante escéptico con dichas historias, incluso alguna de ellas llegué a rebatirlas en voz alta, encontrándome, ante ello una sensación de malestar general que me hizo darme cuenta de que, las llevaban no solo en su historia, también en sus genes, y el hecho de simplemente ponerlas en duda les provocaba una pequeña ofensa que, a largo plazo no me iban a tolerar.

No obstante, ese tipo de historias no solo me procuraban conocimientos folclóricos, también me servían, junto a periódicas consultas en Google Earth, de lección de geografía local, en poco tiempo fui capaz de situar todos y cada uno de los pueblos de la comarca en su situación exacta, conociendo cada uno de los concellos a los que pertenecían.

Pocas noches no asistíamos a dicha reunión, hasta las noches de lluvia nos juntábamos, aunque desplazarnos a una de las casas nos supondría andar unos cientos de metros sin resguardo; no en vano, al terminar cada una de las reuniones uno de nosotros ya se proponía como anfitrión de la próxima velada.

Solo se cancelaba, tácitamente, sin previo aviso, las noches de tormenta, porque, aparte de la intensidad de la lluvia, a las gentes

del lugar les dan pánico los rayos y los truenos; o, porque un animal se ponía de parto en una de las casas, en cuyo caso se acudía a ayudar y, después, si todo salía bien, se continuaba la reunión en esa misma casa.

Incluso recuerdo la primera vez que se celebró en la que ya era mi casa, éramos unas ocho personas y, aunque preparé algo ligero para comer nadie probó bocado, eso sí, pude contar, al finalizar el evento, media docena de botellas de vino vacías y el doble de botellines de cerveza.

No estábamos todas las noches los mismos, a veces faltaba alguno de nosotros por circunstancias sobrevenidas: ocupaciones, enfermedad... aún así el resto no lo cancelábamos.

Uno de los que comenzó faltando un día, y ya no volvió fue Paco, un día se excusó diciendo que quería dormir porque había pasado mala noche y ya no volvió a reunirse con nosotros, su estado de salud fue empeorando día tras día, sin encontrar alivio en ninguno de los médicos que visitó.

La gente murmuraba a sus espaldas que tenía a “o demo”, porque veían como poco a poco su cuerpo se iba consumiendo,

quedándose más pálido y delgado, sin que encontrasen cuál era su dolencia ni la forma de sanarla.

En el último año le ingresaron tres veces en la Residencia Hospitalaria de Lugo, cada una de las veces porque su estado de gravedad era tal que su vida peligraba. Allí solo le aplicaban suero, algún analgésico, y en unos días comenzaba a mejorar, de manera sorprendente, su estado de salud. Una vez que le daban el alta, pensando que era un extraño virus que ya había pasado, y volvía a casa, recaía de nuevo en la dolencia.

Algún día incluso le fui a visitar, porque ya no salía de casa para nada, y la imagen que vi de él era la de una persona consumida a la que no le quedaba mucho de vida, solo la piel tapando los huesos y unas enormes cuencas hundidas rodeando sus ojos.

No me había acordado aquella noche del treinta de noviembre que tampoco se fuera a celebrar la reunión, esa noche, por lo que habíamos hablado la noche anterior, nos tocaba en una de las casas más apartadas de la aldea, y, ya cuando me dirigía a ella, vi con bastante extrañeza que todas las casas a lo largo del recorrido estaban cerradas a cal y canto y con las luces apagadas. Por el camino, desafiando a la costumbre, tampoco me salieron los

perros ladrando para defender su territorio. Parecía como si me hubiese despistado en la hora o como si de, de repente, todo el mundo hubiera abandonado la aldea.

En parte me extrañó lo que me encontraba, así como el inusual silencio que había esa noche, parecía como si los ruidos del campo se hubieran apagado de repente, no le di más importancia hasta que llegué a mi destino y vi que esta también se encontraba con la puerta echada y las luces del interior apagadas. Por un momento hasta pensé que me estarían gastando una broma o que me había retrasado el reloj y era más tarde de lo que creía.

Empujé la puerta, por si estuviera entornada, pero estaba cerrada y, tras dar un rodeo alrededor de la casa mirando los laterales por ver si veía alguna luz o a alguien, sin atreverme, más por respeto que por vergüenza, a llamar a sus moradores, decidí reemprender el camino de retorno a mi casa, intentando recordar en vano si en la conversación del día anterior habíamos quedado en esa casa, en otra, o si habíamos quedado para hoy o para otro día.

Emprendí el camino de vuelta por donde había venido, ya con cierta constancia de que, el día anterior, quizá por los vapores del

alcohol o por lo profundo que era a veces el idioma, se había comentado algo que se me había pasado por alto.

Ya cerca de casa vi que, al lado de la Iglesia, en la zona más despejada de árboles, había una hilera de luces que, lentamente se desplazaba, por el camino que la separa de las casas hacía la entrada del pueblo.

Cuando me sacudí la sorpresa inicial me percaté que aquel día era la noche de los difuntos, y de que, anteriormente, en alguna de las reuniones, alguien había hablado de la proximidad de tal fecha y de las implicaciones que tenía para los habitantes de la aldea, aunque, debo reconocer que como no soy muy devoto de actos religiosos no presté mucha atención a lo que se habló al respecto.

Pensé que, quizá ese día, o esa noche, como celebración de tal fecha, los habitantes del pueblo realizaban una especie de celebración, por lo que decidí ir al encuentro de mis vecinos para, ya que también les acompañó en las buenas ocasiones, acompañarles también en ese tipo de celebraciones, o, por lo menos, hacer acto de presencia como forma de respeto.

No reparé en que, durante todo el trayecto, seguía el sepulcral silencio y tampoco salió ningún perro amenazante a ladrarme de ninguna de las casas; según me iba acercando a la Iglesia y alejándome de las casas de la aldea, me acostumbre tanto a tal situación que llegó a pasarme inadvertida.

Cuando llegué a la altura de la comitiva vi que estaba formada por unas cincuenta personas, debían de ser casi todos los habitantes de los alrededores porque, tal cantidad de gente no vivía en la aldea y, además debían ir hasta los niños porque, entre ellos, se veían pequeñas figuras incluso de niños de menos ocho años, cosa rara, puesto que no había en ninguna casa ninguno de esa edad.

Eso si, estaban perfectamente sincronizados, todos ellos portaban antorchas en su mano derecha, más o menos a la misma altura, y vestían igual con unos hábitos blancos con una capucha que, junto con la oscuridad de la noche y la sombra del resplandor de la antorcha, hacía totalmente imposible el reconocer a nadie; dichos ropajes debían ser antiguos, ya que estaban bastante raídos, manchados y hasta rotos por la parte de abajo.

Lideraba la comitiva uno de ellos bastante dispar, vestía con una túnica similar pero en este caso de color negro, y en vez de

antorcha portaba en su mano un bastón largo que acababa en una cruz metálica, no me costó deducir que debía ser el párroco del pueblo, sacerdote peculiar que no se perdía celebración en la comarca, y, tras él estaba el único reconocible que vestía ropa de calle, era Paco, el vecino que estaba tan enfermo.

Paco iba detrás del sacerdote y portaba, sujetándolo con los dos brazos, un pequeño caldero, de esos que se utilizan en las iglesias para llevar el agua bendita, y caminaba cabizbajo, mirando fijamente al suelo y sin hacer ningún gesto. Deduje que ocupaba aquel puesto de manera voluntaria y como último recurso porque se trataba de algún ruego, penitencia o sacrificio para pedir por la sanación de su enfermedad, ya que, últimamente su estado se había agravado bastante y los vecinos del pueblo cuchicheaban a sus espaldas que, en cualquier momento se podría producir el fatal desenlace.

No queriendo molestar el paso de la procesión, y con intención de unirme a ellos en la parte final del grupo, me eche hacía un lado del camino con el fin de dejarles pasar sin que tuvieran que variar en lo más mínimo su trayectoria, no fuera a ser que alguno de ellos no pudiera verme con la capucha y se tropezara conmigo; el hecho de que no practique ese tipo de rituales no quería decir que

no los respetara y, más siendo un espectáculo tan digno de ver y por el que, en parte, me sentía mal por no haber sido capaz de darme cuenta para poder acompañarles desde el principio de la celebración o incluso haberme procurado unos ropajes como aquellos.

La verdad es que, a su paso, lento pero continuo, excepto al penitente, no pude reconocer a nadie más, entre que no me saludaban, posiblemente por la solemnidad de la ceremonia, y porque llevaban la cara totalmente tapada con la capucha me fue imposible saber quién era quién de entre todos ellos.

Ya al final de la comitiva, una pequeña figura, probablemente perteneciente a una niña, por las coletas de un pelo desaliñado que asomaban por la parte delantera, se giró al pasar a mi lado y me ofreció una flor, un tanto marchita, que llevaba en su mano. No queriendo hacerle un desprecio, extendí el brazo y la tomé en mi mano, provocando que, justo en ese momento, la comitiva se parase en seco.

Todos los allí presentes se fueron girando lentamente en mi dirección y se quedaron mirándome, era una situación un tanto embarazosa, no sabía si había hecho algo impropio o,

simplemente, era parte del ritual, pero, por un momento, sentí una pizca de temor y note como un escalofrío recorrió mi espina dorsal haciendo que mi cuello diera un par de sacudidas.

Poco a poco se fueron apartando, dejando un pasillo para que Paco, sin cambiar el semblante ni levantar la cabeza, comenzara lentamente a caminar por le centro dirigiéndose a mi encuentro. Al llegar a mi altura, sin mediar palabra y ningún otro gesto explicativo, me extendió el caldero de agua bendita, como ofreciéndomelo, al tiempo que yo, sin saber muy bien porque lo hacía, lo tomé en mis manos, lo acerqué contra mi pecho y, también, sin saber porque, bajé la cabeza.

En ese mismo momento vi como Paco, levantó la cabeza y miró a su alrededor, dando varios pasos atrás y, como pudo buscó un hueco para salir hacía fuera de la procesión, tropezando incluso con alguno de los miembros de la comitiva y cayéndose al suelo, reptando se levantó como pudo y se fue corriendo en dirección a la aldea, gritando aterrorizado y sin atreverse a mirar atrás.

Como si mi cuerpo se moviera solo, totalmente ajeno a mi voluntad, me fui caminando, lentamente, hacía la parte delantera de la comitiva, situándome justo detrás del supuesto párroco, el

mismo sitio que antes ocupaba Paco y, estuve toda la noche, caminando con ellos por las calles y senderos de la aldea, sin poder detenerme ni un momento a pesar de que cada vez eran más fuertes los dolores de las extremidades inferiores.

Ya cerca del amanecer, tomando otro camino nos dirigimos de vuelta hacía la Iglesia y entramos por la puerta, que estaba abierta, allí el párroco depositó el bastón junto al altar y yo hice lo mismo con el caldero, para después salir hacia el camposanto que estaba justo en la parte trasera de la edificación.

Ya dentro del cementerio, nos detuvimos y mis acompañantes se quedaron en pie sin moverse donde, poco a poco, fueron difuminándose y desaparecieron sin dejar ningún rastro en la oscuridad de la noche.

Sin ser todavía dueño de mis actos volví andando por el camino que lleva hasta mi casa sin percatarme de que los ruidos del campo ya habían vuelto y sin inmutarme ante los perros que me ladraban desde la distancia, no atreviéndose a acercarse por temor a mi cuerpo en pena.

Una vez en casa, me desvestí, me metí en la cama y cerré los ojos quedándome dormido al instante. Pocos minutos después me desperté, sin saber porque, tenía el cuerpo totalmente dolorido, estaba cansado, somnoliento y no podía acordarme de nada de lo que había sucedido la noche anterior.

Como no tenía mucho trabajo pendiente me quedé en la cama unas horas más, lo que hizo que me recuperara un poco, aunque, arrastre el cansancio el resto del día.

Por la tarde me encontré con Paco caminando por la calle con la ayuda de su mujer; me contó que esa mañana, al despertarse se encontraba mejor, me dijo, con cierta ilusión, que por fin alguno de los medicamentos le estaba haciendo efecto porque, se había levantada notando una cierta mejoría. Le di una palmada en el hombro deseándole lo mejor, al tiempo que, sin saber porque, notaba una cierta envidia en mi interior que en aquel momento no pude comprender.

Día tras día, Paco, continuó con su mejoría quedando totalmente sanado, sin que los médicos que le vieron consumirse tampoco se lo pudieran explicar, en el corto intervalo de un par de meses.

Desde entonces ya no he vuelto a aquellas reuniones nocturnas con los vecinos, estoy condenado a vagar, todas y cada una de las noches, acompañando a los muertos de este cementerio cuando ya todo el pueblo duerme, sin ser capaz de acordarme, cuando me despierto, de lo que ha sucedido ni del motivo de este agotamiento que empeora cada mañana y que nadie, ni los propios médicos, son capaces de explicar.

Nota final.

Si te ha gustado este relato, te recuerdo que puedes adquirir la versión exclusiva tokenizada de Hoste de Mortos en la página web del relato: <http://condesanxoan.com/relatos/hoste-de-mortos/>

También te recuerdo, puedes seguir leyendo gratuitamente mis relatos disponibles en la web: <http://condesanxoan.com/>